

MÉXICO LINDO Y PODRIDO

El viaje nos estaba cambiando por dentro, nos estaba sentando de maravilla. El tiempo estaba pasando más despacio y nuestros días estaban llenos de tranquilidad y buenas experiencias. Algunos contratiempos no hacían sino confirmarnos que las personas de este país son buenas. Que te puedes perder por los últimos caminos de la sierra más recóndita sin dudar que la primera persona que encuentres te ayudará y te guiará donde lo necesites.

México es un país de contrastes. Durante nuestro recorrido por los estados de Quintana Roo, Chiapas, Oaxaca y Guerrero hemos disfrutado de lagunas, sabanas, selvas, bosques, bosques tropicales con cactus, palmerales, playas de arena, de piedra, acantilados, manglares, ríos, cenotes. En cuanto a su gente, también los contrastes son fuertes, pero aunque hablen lenguas indígenas distintas, coman y vistan distinto, habíamos encontrado un patrón muy reconocible: personas amables, honradas y generosas. Los mexicanos nos abrieron sus corazones y sus casas allá donde íbamos, ya fueran conocidos, amigos de amigos o completos desconocidos.

Hace poco el viaje terminó. Todo pasó muy rápido, en el tiempo que se tarda en leer una coma, en lo que dos coches colisionan frontalmente y el mundo de sus pasajeros se arruga en mil aristas de hierro, plástico, cristal y tela. En lo que tomas aire para soltar un grito de verdadero pánico. En ese instante la realidad aceleró a la velocidad de luz, y la capacidad de asimilar se quedó atrás, viendo la luz desaparecer al fondo de la oscuridad y quedando solo la angustia que provoca el miedo a perder todo.

Todo se detuvo en seco en el kilómetro 57.3 de la carretera nacional que une Acapulco con Zihuatanejo, en el Municipio de Coyuca de Benítez, Guerrero. Nos dirigíamos a un pueblo llamado Loma Bonita, para alojarnos en unas cabañas en la playa y seguir disfrutando de nuestra experiencia.

Saliendo del caserío El Tamarindo, una curva poco pronunciada ascendía hacia el oeste, a nuestra izquierda. Circulábamos tranquilos. Eran las 11 de la mañana y la carretera estaba despejada. De la curva, un camión de doble remolque encabezaba una caravana de coches. Un coche negro apareció en nuestro carril, en sentido contrario, adelantando a la caravana. Montse, que conducía, alcanzó a decir algo que no recuerdo, pero que sonó en mi cabeza a signo de interrogación, a arrebató previo al último suspiro de una pesadilla. Una pesadilla que apenas comenzaba.

Entre el amasijo, el humo y los olores a motor sangrando, Montse reposaba aturdida sobre la flácida bolsa de aire. Simón, [nuestro hijo de 2 años,](#) apenas estaba comenzando a llorar. Grité. Grité varias veces para sacar al menos un poco de pánico que me permitiera moverme. Abrí mi puerta, que se caía a pedazos y mi tobillo me mandó una punzada de dolor que no era nada, que no me impidió dar la vuelta al coche cojeando y tratar de sacar a Montse. La puerta estaba bloqueada, así que saqué a Simón pisando un charco de gasolina que fluía a lo ancho del asfalto. A mis gritos de ayuda acudió Manuel, un vecino del caserío, pescador, que me pidió calma. Con el niño en mis brazos saqué la llave del gato del maletero y se lo entregué para que hiciera palanca y abriera la puerta. Montse salió y parecía una nube de ternura, calmada, despertando [del sueño, aunque el sueño de un sueño](#)

| **que** parecía **buenoagradable**. Sangraba su mano. A los pocos segundos ya estábamos lejos del coche, de la gasolina que seguía fluyendo y de la escena de dos coches destrozados y humeantes. Unos niños gritaban desesperados: "mamá no te vayas".

La familia de Manuel nos trajo sillas, agua y dulces mientras asimilábamos los hechos. Montse no tenía claro qué pasó, no recordaba de dónde veníamos ni dónde íbamos. Preguntaba lo mismo varias veces en el lapso de un minuto. Se lo dije y comenzó a memorizar los nombres de la familia de Manuel: Mara, Consuelo, Briseida, Carlos, Manuel y Antonia.

A los pocos minutos la angustia se disipó, a medida que Montse recitaba los nombres y comenzó a hablar con el desparpajo habitual. Antes de que pudiera darme un respiro, un señor se acercó por detrás y me pidió un segundo de mi tiempo: "Disculpe la molestia. Sé que no es buen momento pero una señora del otro carro ha fallecido y las cosas se les pueden complicar mucho. Estamos en Guerrero y aquí la corrupción está durísima. Van a tratar de aprovecharse de ustedes así que llame a su seguro si tiene y no se muevan de aquí hasta que venga y les ayude un abogado."

Lluvia sobre asfalto mojado

En lo único que se equivocó el amable señor fue en que ni siquiera la presencia de nuestro ajustador de seguros y nuestro abogado nos evitaría sufrir las vejaciones más humillantes del sistema policiaco y judicial. El Oficial Rodríguez, de la Policía Federal, llegó al cabo de un rato con una intención clara. Sugirió con su autoridad que la familia de Manuel se alejara de nuestro alrededor para poder platicar a solas con nosotros. Un discurso que supera los límites de la hipocresía, el cinismo y la crueldad nos esperaba. A medida que oíamos sus palabras encadenadas con eslabones de acero, sin dar lugar a réplica, nos invadía un sentimiento de esclavitud, humillación y derrota que no alcanzamos a procesar.

"¿Ustedes iban en la camioneta azul? Parece que la cosa está clara, pero no se fíen, aquí puede haber muchos cabos sueltos. La muerta ya está muerta, era su hora y ya no podemos hacer nada. Ahora ustedes tienen que ver por su bien, por su comodidad y su salud, y yo les voy a echar la mano, porque yo estoy a cargo de hacer el informe perital, y el informe es la base de todo, a partir de ahí salen las conclusiones finales, más importante que sus declaraciones y que cualquier cosa. Pero todo cuesta. Yo estoy en la mejor disposición de llevarles a la oficina y ahí la señora puede subirse a una ambulancia y pasar las 48 horas que debe estar retenida en un hospital y no en el "separo", donde no se imaginan lo incómodo que es. Pero ustedes deben también poner de su parte, porque este país se pudre entre autoridades locales. ¿Ven? Esos son los del Ministerio Público de Coyuca, ellos no saben hacer nada y todo les van a complicar. Aquí el que pone las cosas en su sitio soy yo, y yo tengo todo el día para ustedes. Mi turno ya terminó hace dos horas, pero yo les voy a echar la mano. Ustedes díganme cómo quieren que esté la jugada y yo me pongo manos a la obra. Si se dan cuenta su coche se encuentra en el centro de la carretera, y eso se puede prestar a complicaciones. También estoy seguro de que no iban a 60 km por hora, que es la velocidad permitida. Porque aquí es imposible ir a menos de 80. Así que con esos cabitos sueltos y estando la muertita de por medio, la cosa se les puede complicar mucho con las

autoridades tan nefastas que tenemos. Ustedes díganme. Cómo va a estar la jugada... Ustedes me dicen. Yo necesito que platiquemos en mi auto.”

Con la boca abierta, la cabeza inclinada y a punto de sollozar, no tuvimos otra opción más que ponernos a sus órdenes, en sus manos, y dejarnos llevar por su inercia verbal llena de indirectas, de amenazas y de crueldad.

Mientras tanto, necesitábamos ropa que nos cubriera de la lluvia que empezaba a aparecer. Eran las primeras señales del huracán Jova, que a partir de entonces dejaría sus huellas por los estados de Guerrero, Michoacán, Colima, Nayarit y Jalisco. Pero tocar el coche significa alterar la “escena del crimen”, así que tuvimos que darles 50 pesos a unos inconformes policías municipales para que nos dejaran acercarnos. Al cabo del rato, los del Ministerio Público de Coyuca nos abrieron las puertas a sacar todo lo que quisiéramos sin problema alguno. A los pocos días descubriríamos con qué tipo de cifras se consuela cada uno de los niveles de poder. El nivel municipal requiere de uno o dos ceros, dependiendo del “favor”. El nivel estatal te exige tres ceros, pero ronda la unidad de millar. En cambio, el nivel federal tiene por costumbre darse el lujo de solicitar cifras que superan el sueldo mensual medio del país, de 4 mil pesos en adelante.

Nuestro ajustador del seguro hizo su trabajo diligentemente. Levantó el acta, tomó las fotos y nos asesoró en todo momento. Nos acompañó siempre, y aunque quisimos viajar a Acapulco de vuelta en su coche, el Oficial Rodríguez insistió en que viajáramos con él para darnos la última estocada. Se negó a dejarnos instalar en su coche la silla de Simón, la misma que le había salvado la vida momentos atrás, con la excusa de que la silla no cabía y aunque llevarla fuera un requisito por ley, como íbamos con él, no nos hacía falta. Otra vez comenzó el discurso. Los mismos argumentos, las mismas amenazas y el mismo cinismo. Cuando vi que sus cifras rozaban los diez mil pesos me puse la camiseta de su mismo juego cínico y como pude me hice hueco en su discurso. “Usted nos ve rubitos y blanquitos y sabe que vamos de paseo, viajando por la República tan ricamente, pero déjeme que le diga que nosotros nos fuimos de Cancún porque allá, como en el resto de México, la cosa está muy mal. No tenemos trabajo y vamos viajando con casa de campaña, con estufa para cocinar y dormimos en cualquier sitio porque no podemos pagar hoteles ni restaurantes. Solo llevamos dinero para poner gasolina y ahora tenemos que buscar cómo llegar a D.F. y luego a Cancún. Si usted me pide, siendo completamente inocentes, que yo le entregue lo poco que me queda, pues la verdad me parte en dos, nos deja en la calle y sin posibilidades de salir de una situación en la cual no estamos por nuestra culpa, sino porque otro coche se puso a rebasar en curva. Yo le voy a suplicar un poco de sensibilidad conmigo y con mi familia. Yo le ofrezco lo que tengo, que son 3 mil pesos, y ya usted dígame si quiere hacer su trabajo con justicia o quiere dejarnos en la calle.” Zanjé, con la voz temblorosa, una defensa que no daba para más. Fue toda la lástima que supe dar.

“No se trata de hacer leña del árbol caído, mi amigo. Pero ya sabes que en este pinche país, y perdona las groserías, las cosas están de la chingada. Yo tengo todo el día con ustedes y voy a hacer mi trabajo, y ustedes van a estar de maravilla en un hospital. Mi informe no va a tener ni un detalle dudoso, pero tú tienes que poner más de tu parte porque debes saber que aquí mi pareja y yo debemos reportar esto a mis superiores y pues, no nos va a quedar gran cosa.”

Para terminar, sólo pude decir: “Usted tiene el poder en esta situación. Yo ya le dije cómo están nuestras posibilidades y no quiero seguir con esto. Dígame usted la cifra que necesite para satisfacer sus necesidades y ya veremos nosotros si nos queremos complicar la economía o nos arriesgamos con su informe perital.”

“Vamos a dejarlo en 4 para que todos podamos irnos tranquilos y satisfechos”. Hecho. La cifra quedó en 4 mil pesos. Con el tobillo inflamado y retorciéndome de dolor a cada salto, el oficial me hizo bajar en un cajero para obtener el dinero a la pata coja. Se lo quise entregar desde el asiento trasero, bajo mano, discretamente y en silencio. Faltaba la puntilla, una frase que resonaría durante días por surrealista, absurda y llena de esa idiosincrasia mexicana que empobrece todo lo grande y hermoso del país: “No, no amigo. No te preocupes, ahorita lo vemos en la oficina. Esto es derecho.” Derecho. Legal. Directo. Sin tapujos. De hombre a hombre. Hay más formas de decirlo, pero en México, cuando las cosas son derechas, son directas, sin hipocresías ni cinismo. Como un tequila derecho. Sin limón, sangrita, agua ni hielo. Tal cual.

Y como las atracciones de feria que solo funcionan cuando metes la moneda, todo recuperó su aire de normalidad. El Oficial Rodríguez, padre de una niña, asqueado de su trabajo porque lo destinaron a Guerrero, donde no puede separarse de su metralleta y su vida corre peligro en cada momento, activó la noria y se puso a nuestras órdenes después del peculiar pacto de honor. A partir de ese momento nos trató con toda la amabilidad y decencia, sin dejar de intercalar entre sus frases palabras de ánimo, de ayuda y confort.

El ojo del huracán

A llegar a las oficinas de la Policía Federal Preventiva, el Oficial Rodríguez me pidió el dinero a escondidas porque estaba presente nuestro ajustador y el paramédico. Así de derecho. Nos traspasaron a una ambulancia que nos llevó al Hospital Privado Magallanes, en el centro de Acapulco. Como si Jova hubiera puesto su ojo sobre nosotros, por un rato sentimos que todo estaba en calma. Nos atendieron las lesiones y unos amigos de la familia de Montse nos esperaban en la puerta del hospital para hacerse cargo de Simón y de lo que necesitáramos. Llovía en las calles, pero Montse y yo nos mirábamos con consuelo.

Conocimos a nuestro abogado, Luis Morales, asignado por la compañía de seguros. Él y Orlando, el ajustador, nos dieron toda la información posible, aunque en esos momentos la cabeza poco pudo procesar. Terminó el día. Simón se fue con los amigos y Montse y yo reposamos por fin en un cuarto del hospital. Yo no paré de revivir los peores momentos entoda durante la noche: La imagen del coche negro apareciendo por la curva y creando un callejón sin salida que se nos vino encima en medio suspiro me amartillaba el pecho al mismo tiempo que iban surgiendo los dolores del impacto del cinturón de seguridad. Los niños rogando a su madre que no se fuera, que la necesitaban. El charco de gasolina entre humo y ruidos amenazantes. El discurso ametrallador del Oficial Rodríguez. No fue sino entrada la madrugada que mi mente se rindió ante el cansancio.

La mañana comenzó gris y húmeda, pero el refugio que nos ofrecían los muros del hospital y las amables enfermeras nos hizo sentir seguros. Teníamos energía para seguir avanzando

y salir de la situación lo antes posible, pero no nos imaginábamos la cantidad de factores, actores y circunstancias que se nos presentarían a partir del medio día.

Los vientos fétidos del sistema

Cerca de las 11 de la mañana llegó a nuestro cuarto la persona encargada de hacer el examen toxicológico de rutina. Nos comenta el señor que viene del hospital donde se suponía debía estar la conductora del coche negro. La señora desapareció y no sabe dónde encontrarla. A nosotros nos invade el sentimiento de injusticia ~~de~~al pensar que la causante del accidente estaba libre y nosotros, inocentes, teníamos que permanecer en el hospital lejos de nuestro hijo con los policías custodiando para que no tuvieran que llevar a Montse al “separo”.

A raíz de esta información se desataron diversas teorías que implicaban la presencia de “narcos” en las puertas de nuestro hospital y en el corralón (lugar donde llevan los coches siniestrados o confiscados) donde se encontraba nuestro coche. Supuestamente estábamos vigilados para ser objeto de represalias que no comprendíamos. Nuestro abogado no fue del todo claro con la información y era partidario de que hiciéramos lo posible para terminar los trámites y huir de Acapulco. Bajo las amenazadoras sospechas, nos recomendaron que solo usáramos el celular, pues el teléfono del hospital estaría intervenido. Un par de llamadas equivocadas a nuestro cuarto no ayudaron a calmar los ánimos.

Acto seguido, el abogado se presentó en el hospital sugiriendo que agilizáramos los trámites con una gratificación a las autoridades judiciales. En el ambiente de presión se daban dos posibilidades: que gratificáramos a las autoridades para que fueran a tomar declaración a Montse ese mismo miércoles, o que no hiciéramos nada y tendríamos que esperar hasta la próxima semana para prestar declaración. Cedimos a la primera opción, y para evitar suspicacias el abogado me hizo escribir en una fotocopia de mi identificación la siguiente leyenda: “Entrego la presente gratificación a las autoridades con el fin de agilizar los trámites del proceso judicial de mi esposa”. Firmé atónito.

A las 5 de la tarde llegó el equipo del Ministerio Público de Coyuca. El Licenciado Alfredo tomaría declaración a Montse, su secretaria anotaría todo en su laptop, venía también la fiscal representando nuestra causa y Gabriel Salazar Mendoza, titular del Ministerio Público. Gabriel rondaba los 30 y vestía ropa ostentosa, llevaba teléfonos, varios, de última generación, y portaba un aire de soberbia muy poco alentador. Pidió a unos amigos de la familia que nos acompañaban que salieran de la habitación, a lo cual nuestros amigos se negaron y pudieron permanecer. Gabriel no tardó en salir del cuarto huyendo de la fiscal y los amigos y mandó llamarme para acudir a su lado. Saltando, llegué con él y me explicó que sin la factura original del coche, que venía en camino de Cancún por DHL pero no llegaría hasta el día siguiente, todo el procedimiento sería inútil. Pero si yo le daba 500 pesos podrían tomar la copia con la que ya contábamos como original. Mi cartera seguía perdiendo volumen. A pesar de mis advertencias a Gabriel acerca de nuestras limitadas posibilidades, no sería la última vez que abusaría de nuestro bolsillo.

El día terminó entre la satisfacción de haber avanzado con los trámites y la creciente humillación ante dos nuevas extorsiones. La noche nos sirvió para reflexionar. Pensábamos

en cómo el sistema de la noria que gira a base de monedas te traga sutilmente y te hace parte de él. Lo correcto habría sido esperar a tener la factura del coche, y en cualquier país donde estas cosas no ocurren y donde no te sientes amenazado, ésa habría sido la realidad. Este sistema tiene la ventaja a su favor de que una vez se pone en marcha te ofrece un sinfín de posibilidades. A veces metes la moneda solo para que arranque, se ponga a girar y trabaje como debería trabajar todo aparato que fue creado para tal fin, a pesar de que ya pagaste tus impuestos. Otras veces te ofrece la dulce tentación de girar más rápido de lo normal, de ponerse a tu servicio superando las funciones que trae de fábrica. Es entonces cuando te convierte en cómplice y te desmonta el alegato moral porque ya fuiste benefactor del mismo.

El jueves amaneció demasiado pronto. Todavía debían dar las 10 de la noche para que el periodo constitucional de retención de Montse se cumpliera, pero con las gratificaciones del día anterior teníamos la esperanza de comer fuera del hospital, en libertad, con nuestro hijo y recoger las cosas de nuestro coche para salir de Acapulco, así que el ansia no nos dejó dormir más allá de las 6.30 de la mañana. No pasó prácticamente nada durante el día, que se hizo eterno. A las 3 de la tarde, después de una mañana estéril, nos llamó el abogado para contarnos que otra vez había que poner la noria a dar vueltas. El mismo Gabriel del día anterior sería el encargado de entregarnos los oficios de liberación de Montse y de nuestro coche. El primero nos iba a costar 1300 pesos, el segundo solo 500. Al menos, la escala de valores de Gabriel, aunque se encuentre en los bajos fondos del infierno, tiene claro que las personas son más importantes que las cosas. En cuanto al abogado, ya habíamos agotado la confianza que teníamos depositada en él, pero no había mucho que hacer a esas alturas. Que el dinero fuera a pasar a su cartera, que se convirtiera en un nuevo cinturón de ostentosa hebilla de Gabriel o que se lo repartieran entre ambos ya me era indiferente.

Luis pasaría en 20 minutos por el hospital para recoger los 1800 y tomaría la carretera a Coyuca para encontrarse con Gabriel. Mi enojo ya era visible, pero de nuevo la ventaja era de Gabriel. De no pagar, sería imposible obtener los oficios ese día, y quién sabe si el viernes ya sería fin de semana y habría que esperar al lunes. Cedimos, cómo no, aunque le advertí al abogado que no soltara un peso sin recibir ambos oficios. No nos servía uno u otro, los dos o nada. Por un momento, iluso, pensé que tenía algo de autoridad en el asunto. Según nos prometió Luis, estaríamos en la calle antes de las 6 de la tarde. La vigilancia se retiró a penas media hora antes de las 10, y a pesar de la tomadura de pelo, salimos del hospital con una sonrisa en la cara, no sin olvidar la posibilidad de estar vigilados y ser castigados por personas que lloraban la muerte de la mujer del otro coche y que solo disparando o secuestrando aliviarían sus penas. Mi paranoia crecía conforme entraban personas de pintas sospechosas al restaurante donde nos comimos unos exquisitos tacos al pastor. Finalmente no pasó nada.

Las últimas ráfagas

Amaneció la mañana del viernes con un sol nítido que presentó un Acapulco en funcionamiento normal. Los restos de Jova ya se habían retirado del horizonte y nuevas ilusiones nos daban ánimos para salir de la cama en casa de nuestros amigos.

Las misiones de lo que se presentaba como nuestro último día en esa ciudad eran, por el siguiente orden, recoger a Simón, recoger los oficios de liberación de persona y coche que el abogado nos dejaría en la oficina de la Policía Municipal, ir a las oficinas de la Policial Federal Preventiva a obtener un segundo oficio de liberación del coche, acudir a la oficina de Grúas Vázquez para que nos dieran el pase al corralón, sacar nuestras pertenencias del coche, tomar un autobús a la Ciudad de México.

Nuestros amigos nos llevarían en su coche en todas las diligencias a lo largo y ancho de una ciudad sembrada de montañas donde cada zona está separada por pequeños puertos o lo que se conoce como el maxi túnel. En principio, la única emoción que se preveía era que alguien nos estaría esperando en la puerta del corralón para tomar las mencionadas represalias, además que Renacimiento, la zona de la ciudad donde se encontraba la oficina de las grúas y ~~más aun~~ el corralón, era poco recomendable.

La mosca de un coche con malhechores que nos perseguía por la ciudad siempre estuvo detrás de la oreja, pero nada pasó. Lo más curioso del día fue que la oficina de las grúas estaba cerrada y tardaron un par de horas en atendernos para poder ir al corralón acompañados de un taxi que nos guió por las calles en mejor estado. Ver nuestro coche de nuevo en aquel cementerio de coches, con el motor planchado por el golpe, nos hizo revivir el momento del accidente tres días atrás. Costaba mucho creer que saliéramos de aquel accidente con tan pocas lesiones. Nos despedimos finalmente de aquel amasijo de hierros que nos había salvado la vida.

Habla bien de México

Después de lo sucedido, la percepción que tengo del país no cambia demasiado, aunque sí me ha servido para entender hasta qué estratos en la profundidad del planeta ~~se pueden~~ llegaencontrar determinados ambientes.

Cuando conocí por primera vez la Ciudad de México en 2001 me sorprendió cómo en medio de tantas diferencias sociales y carencia de servicios públicos, una ciudad de decenas de millones de habitantes podía funcionar con cierta solvencia. El servicio de recogida de basura en algunas zonas era organizado por pepenadores, sin sindicato ni empresa. Hace pocos días descubrimos cómo ante los deslaves en las carreteras provocados por las lluvias, no era el servicios público de mantenimiento de carreteras el que actuaba sino vecinos de la localidad con palas y piedras que pedían a cambio unas monedas o comida para compensar su esfuerzo.

Sin saber demasiado, sin vivirlo, uno pensaría que las diferencias sociales deberían tener al país al borde de una revolución popular. Sin embargo, el aire de normalidad que se respira es el de una de las selvas que visitamos en nuestro viaje, donde el jaguar se come las crías del pavo de monte, o el de una playa donde la iguana se come los huevos de una tortuga marina. La vida se abre paso, el pavo volverá a criar y la tortuga marina arribará pronto y desovarà otra vez diligentemente para que al menos uno de mil huevos llegue a convertirse en tortuga adulta.

¿Se puede hablar bien de México? Se pueden contar maravillas acerca de sus paisajes, su diversidad cultural y natural. Me admiro de la generosidad y honradez de su gente. Después de siete años viviendo en México me siento parte de este país. No podría no hablar bien de México. Pero cuando el Oficial Rodríguez nos taladraba con su discurso solo queríamos huir, correr lejos del país y no volver a sentir la impotencia de ser apaleados con las manos atadas. Pensamos en todos los inocentes sin recursos que pasan a ser culpables y en todos los culpables con posibilidades de convertirse en inocentes.

Como aparato estatal, como entidad gestionada, México es un medio natural, una selva, un desierto o un mar donde no hay más ley que comer, crecer y morir, un lugar del año 2666. Por otro lado, el conjunto de personas que viven entre las montañas, los valles, ríos y mares del ~~un territorio determinado~~, es decir los mexicanos, son algo muy distinto. Yo me quedo con las personas, con las personas que escuchan su conciencia todos los días y se preocupan por mantenerla limpia, que son la gran mayoría. Me quedo con las raíces indígenas que dan personalidad y color a su gente en un mundo que cada vez es más homogéneo y gris de punta a punta. Me quedo con la gente que sin tener nada se siente rica.

Duele decir que México está podrido, pero si no lo decimos en voz alta, con una frecuencia que atravesase todas las fronteras del mundo y se sintonice también en la última aldea del país, nada cambiará. Con todo el dolor pero con mucha esperanza: México lindo y podrido.

Jesús Mesa del Castillo Bermejo
18 de octubre de 2011